

# Un café muy amargo

Diego Ortega Fernández de Córdoba

Image not found.

## Capítulo 1

Era yo todavía un jovencito inexperto, envuelto en mi capa de ignorancia y que presentaba aquella inexperiencia de la vida de ser de un chico tímido, callado, que conocía poco más allá de las cuatro paredes de la habitación. ¡Ay Dios! jamás olvidaré aquel primer día que te vi, ibas con esa blusa marrón que luego me contarías que te regaló tu padre por navidad, y unos vaqueros de Toni Angelfield y, ¿Cómo no? acompañada siempre de aquella embriagadora sonrisa, la cual ni siquiera aquel aparato metálico podía afeer, como poder olvidar tu tez morena, tus cabellos revueltos y tu resuelo a la hora de realizar cada acción, la dicha -o mas bien la desdicha- del destino hizo que te cruzaras en mi camino que no tenía destino fijo, más allá de la mediocridad y la soledad.

Al principio nuestras conversaciones eran inocuas, simples chascarrillos del día a día y cosas del colegio, pero poco a poco fuiste viendo en mí algo y me diste confianza, como olvidar que empezamos tomar café, en la cafetería que yo siempre tomaba mi machada, y como olvidar tu elección de todos los días, un café bien cargado, cuánto mas amargo más te gustaba, ahora sonrío con sorna cuando recuerdo la primera vez que te dije: "¿Cómo te gusta el café tan amargo?"; respuesta a la que tu dabas con una dulzura que me sobrecogía el corazón: "Algún día me entenderás" y me guiñabas el ojo.

Nuestra relación de amistad creció tanto que me empezaste a contar todos tus líos, tus trasiegos con los hombres y aunque yo te quería, siempre intentaba darte el mejor consejo, pues siempre que te hacía sonreír era tan bonito, que me hacía elevarme al séptimo cielo, así fui buscando tu sonrisa deseándote suerte en cada acción, dándote consejos con otros hombre y a veces también como pañuelo de lágrimas, aquellas noches de ralladas tuyas; Hasta que un día decidiste que pasarías de ellos, no dejarías que te hicieran daño, para ti, yo era diferente -o eso dijiste, jamás olvidaré aquel día que, ya de por sí nació en una fecha rara, como es la noche de los difuntos, aunque en verdad he de decir que qué mejor fecha, había superado el calvario de todos esos hombres y ahora decía que sólo tenía ojos para mí, se podría decir que era un sueño para mi.

Pero me temo que -como todo sueño en esta vida-, al final viene acompañado de un despertar el cual puede ser atronador, cuando tienes tantas ilusiones y perspectivas como yo tenía. Debía de harar bien el terreno, nada podía ser al azar, a pesar de mis tremendas ganas de pedirle salir, decidí que esperararía unas dos semanas, además que mejor

fecha simbólica que invitarla a dormir a mi casa el 17 de noviembre, un día antes de mi cumpleaños, así tendría un nuevo despertar al acabar la noche, sería un nuevo comienzo de una etapa de un chico que hasta entonces, su cosa más excitante era matar zombies en videojuegos, (por supuesto mis queridos lectores, cuando digo de pasar la noche con ella no me refiero a acostarme con ella, era un salido posiblemente, pero hubiera dado todo el oro del mundo solo por dormir una noche abrazada a ella).

Cuando ella vino y le recité todas las poesías que con mimo y destreza creé pensando en ella, una mueca extraña se dibujó en su rostro y creo que jamás palabras tan simples y superfluas, pudieron hacer tanto daño a una persona, salieron escupidas de su boca: "Eres mi amigo, no me gustas". Entonces sin más dilatación corrí, no me atrevía a mirarla a la cara, primero sentí un funesto sentimiento de odiarla, lo había dado todo por ella, ¿Cómo me podía haber respondido así? El segundo paso fue impotencia por querer lo que nunca tendría, porque por mucho que me esforzara jamás conseguiría nada con ella, lo cual me condujo a una sensación de no valerme nada, de no sentir por nada ni nadie, de no tener ganas de auto compadecerme, de desear solo que llegara la noche, y que esa noche me llevara en sueños hacia otra realidad, otra dimensión donde todo era posible. Caí en depresión, mis notas fueron tan ínfimas como mi estado de ánimo, necesité de especialistas y de ayuda familiar, pero al final conseguí no hundirme del todo, salir a la calle, por fin volví a sentirme dueño de mi vida.

En teoría muchos piensan que lo tengo superado, una carrera de éxito como escritor, varias pretendientes, pero recuerden señores lectores: Si hay algún amor que no se olvida es el primero, por esa cada historia de estas que parecen reflexiones, son en verdad un grito callado para llamar tu atención, para que te acerques a mí, aunque solo sea mediante mis letras, aunque el suicidio ya no ronde por mi cabeza, quiero que mis letras sean tu protector y tu ángel guardián en momentos de flaqueza, en ellos encontrarás siempre los consejos que te hubiera dado en cada situación. Lo curioso es que toda la inspiración de las historias solo me vienen los viernes por la tarde y con un café muy amargo, que sorbo dulcemente acompañado de mi silencio.